

EL ESTUDIO DE LA COMUNICACIÓN DESDE UNA PERSPECTIVA SOCIOCULTURAL EN AMÉRICA LATINA

Raúl Fuentes Navarro

1. UN MARCO PARA EL BALANCE

La década de los ochenta, según ciertos economistas y políticos una «década perdida» para América Latina, fue enormemente rica en cambios y rupturas dentro del campo académico de la comunicación: La celebración del décimo aniversario de la constitución de FELAFACS nos ofrece una excelente ocasión para analizar los trayectos -inercias y renovaciones, contradicciones y confluencias- del campo en que tantos latinoamericanos empeñamos nuestras prácticas. Ojalá de tal análisis pudiéramos extraer el sustento más sólido para considerar a los ochenta como una década «ganada», y a los noventa como su extensión.

En ese contexto, y agradeciendo profundamente la oportunidad de participar en este seminario, el trabajo que presento a continuación trata de sintetizar, con todas las limitaciones y los sesgos que caracterizan a una versión *personal*, algunas de las orientaciones conceptuales y prácticas que pueden identificarse como impulsoras de la dinámica, del campo de estudio de la comunicación en América Latina en la última década. Si bien hace unos años Jesús Martín Barbero (1987) advertía con razón que quizá deberíamos reconocer que «los tiempos no están para síntesis» y que, en todo caso, tendríamos que recurrir a *mapas nocturnos*, el campo académico de la comunicación no parece haber resistido nunca la tentación de elaborar las plataformas más sólidas y duraderas posibles, sobre las cuales basar con *certeza* -no siempre con la necesaria madurez y rigor- el desarrollo del conocimiento comunicacional para la acción social. Y hay razones *para* seguir sosteniendo ese afán.

No trato de proponer una nueva síntesis conclusiva, paradigmática o siquiera innovadora. Pero quizá, si alcanzan un nivel de exposición suficientemente claro, puedan precisarse algunas ideas que, junto a las otras aportaciones de los participantes, ayuden a formular unas cuantas preguntas clave, sobre las cuales podamos *reflexionar*, debatir, y trazar con ello nuevas vías de acercamiento tanto a los objetos como a los objetivos que compartimos.

Detrás de lo expuesto en este trabajo está un proceso personal de indagación sobre las condiciones de desarrollo de nuestro campo, que lleva ya algunos años de convertir objetos de preocupación en objetos de ocupación. Pero más importante que eso es el proceso colectivo que trata de representar. Detrás de este trabajo está el proyecto universitario en que me inscribo directamente, el de la Unidad Académica de Comunicación en la División de Postgrado del ITESO y también la presencia, continua y estimulante, de muchos investigadores mexicanos de distintas instituciones empeñados igualmente en impulsar el sentido práctico, científico y social, de una comunidad académica que no se agota en la amistad o en la identidad de oficio. Algunos de ellos, que iré mencionando a lo largo de la exposición, con toda generosidad apoyaron específicamente la preparación de este trabajo. Por ejemplo, Fátima Fernández me hizo llegar hace poco una cita de Iván Illich (1990) que tiene resonancias de sentido que podemos compartir.

«La marca de madurez de una disciplina es su creciente referencia a su propia historia».

Aunque la discusión del carácter disciplinario del estudio de la comunicación queda reservada para más adelante, conviene explicitar algunos de los supuestos subyacentes a la reflexión propuesta. En primer lugar, reconozcamos la vitalidad del campo al que hacemos referencia. A pesar de la crisis económica, ha crecido y se ha diversificado; ha consolidado algunos de sus avances y ha mantenido la búsqueda de soluciones a la mayor parte de sus problemas e insuficiencias de base; continúa convocando a cada vez más jóvenes estudiantes por una parte, y por otra a la contribución de científicos sociales provenientes de distintas disciplinas; pero quizá lo más importante sea el notable grado de organización -intercomunicación- que ha alcanzado a escala continental. Sin duda nuestro campo está hoy más estructurado y por ello más vivo que nunca.

Hay datos elocuentes; por ejemplo, el que conocemos gracias a Raymond Nixon (1982) sobre el número de escuelas de periodismo y comunicación en Latinoamérica: 13 en 1950, 44 en 1960, 81 en 1970, 163 en 1980. Sin tener que esperar ya la actualización proveniente de Minnesota, FELAFACS cuenta 244 en 1990. Podemos suponer que hay más de 100 mil estudiantes de comunicación en América Latina y no menos de 5 mil profesores. Seguramente han terminado los estudios y se desempeñan profesionalmente al menos otros 100 mil comunicadores universitarios. Aunque la elaboración de estadísticas confiables no es una de las características sobresalientes de los latinoamericanos, podemos calcular que cerca de un cuarto de millón de personas están involucradas en el campo académico de la comunicación en América Latina. De todas estas cifras, debemos ubicar aproximadamente un tercio en Brasil, otro tercio en México y el tercio restante en los otros 18 países latinoamericanos.

La mayor parte de las escuelas de comunicación están afiliadas a las respectivas asociaciones nacionales y, a través de éstas, -o directamente en los países donde hay menos de cinco-, a FELAFACS. Once de las doce asociaciones nacionales de escuelas de comunicación, con la excepción mexicana, fueron constituidas en los ochenta gracias al auspicio de la Federación. Al mismo tiempo, la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC) ha sido revitalizada y en los últimos dos años, gracias sobre todo al impulso incontenible de su presidente, vuelve a ser el punto de confluencia y contacto tan importante que era, propiciando antes que nada la constitución o reconstitución en su caso de asociaciones nacionales y recuperando los espacios de discusión y de identificación que parecían haberse perdido. Por supuesto hay también otras sólidas asociaciones latinoamericanas, aunque menos centralmente ubicadas en el campo académico de la comunicación, con las que éstas no han perdido nunca el contacto. Estos movimientos de organización han sido fundamentalmente importantes para intercomunicar a un conjunto de instituciones y de personas tan grande y de crecimiento tan dinámico en un territorio que, no hay que olvidarlo, abarca casi 20 millones de kilómetros cuadrados.

No hay duda de que es la interrelación de muchos factores, algunos de los cuales conocemos bien, la que puede explicar el explosivo crecimiento del campo académico de la comunicación en América Latina y la aceleración de su tasa de reproducción en los ochenta a pesar de las condiciones socioeconómicas adversas. Podemos advertir una muy grande y creciente heterogeneidad en el crecimiento, tanto entre países como, al interior de los mayores, entre regiones. Evidentemente, hay enormes brechas y fuertes divergencias entre las escuelas, que hacen engañosas y arriesgadas las generalizaciones; pero precisamente por todo ello hablamos de un «campo» más que de un «sistema» académico latinoamericano de la comunicación.

El concepto de *campo* (cultural, intelectual, académico, educativo) que debemos como es obvio a Bourdieu ya quienes han difundido, explicado y desarrollado su obra entre nosotros, como Néstor García Canclini, nos permite reconocer las tensiones y los desfases entre los actores que lo constituyen con sus prácticas, más que los ingredientes y articulaciones relativamente estables y homogéneos o las autorregulaciones con que un sistema preserva su identidad, esto es, su estructura. Y es qué lo que intentamos enfatizar es el análisis del desarrollo cualitativo, -sociocultural-; no tanto el del crecimiento cuantitativo - demográfico - estadístico.

2. PARA (RE) CONSTRUIR EL OBJETO

Por «campo académico» entendernos, entonces, a bastante más -de hecho otra cosa- que el conjunto de instituciones donde se imparten estudios de nivel superior. Incluimos en él a la teoría, la investigación, la formación universitaria y la profesión, y centramos el concepto en las prácticas que realizan

actores o agentes sociales concretos -sujetos individuales y colectivos- con el fin de impulsar proyectos sociales específicos; en este caso, estructuras de conocimiento y pautas de intervención sobre la comunicación social.

De ahí que cuando se especifica «campo académico», no es a las prácticas sociales de comunicación (masivas o no) a las que se hace referencia, ni a las instituciones que se han especializado en su ejercicio y en su control social, sino a aquellas que toman a éstas como su *referente*, es decir, las que son realizadas principalmente por universitarios, dentro o fuera de las instituciones de educación superior, con el propósito general de conocer, explicar e intervenir en la transformación intencionada de las prácticas sociales de comunicación. Hay otros campos cuyas prácticas y objetos intersectan, a veces en confluencia, a veces en contraposición, con nuestro campo académico, cuyas fronteras no están siempre bien definidas; pero ésta es precisamente una de las condiciones centrales que nos permiten acercarnos conceptualmente a su análisis sin deformar totalmente su realidad.

Por supuesto, las prácticas académicas son también prácticas sociales de comunicación, pero su especificidad se sostiene en la dimensión «meta-comunicativa» que constituyen para poder abordar sus propósitos de generación, difusión, promoción y reproducción de *conocimiento* sobre la comunicación, sólo una parte del cual tiene pretensiones científicas. De hecho, cada vez más investigadores de la comunicación reconocen que la mayor parte del conocimiento disponible en el campo es más ideológico que científico, lo cual no necesariamente tiene connotaciones negativas, ya que no sólo entre nosotros, el carácter mismo de la «cientificidad» del conocimiento en ciencias sociales según el modelo de las naturales, está en debate. Para Edgar Morin, «no llegamos todavía a aceptar el desafío de la complejidad de lo real; estamos aún en la era bárbara de las ideas».

Visto de esta manera, el campo académico es un espacio socio-cultural específico, en el cual concurren actores sociales sujetos a las determinaciones y condicionamientos que definen su identidad y sus funciones sociales desde marcos mucho más amplios que los académicos por una parte y los comunicativos por la otra, pero que con su actividad, socialmente legitimada e institucionalizada, mantienen una cierta «autonomía relativa». A propósito, partimos también del supuesto de que si los actores del campo académico de la comunicación reflexionáramos más sobre nuestra propia ubicación sociocultural y nuestras propias prácticas comunicativas, tendríamos mejores elementos para realizar nuestro trabajo intelectual.

El campo académico es, en síntesis, un espacio social definido por *prácticas* sociales concretas, muchas de las cuales se expresan mediante *discursos*, donde puede reconocerse el *conocimiento* operante sobre los objetos de estudio: es decir, sobre otros conocimientos, discursos y prácticas sociales. Una formulación de Carlos Luna con respecto a la comunicación nos parece aquí muy afortunada y oportuna:

«La comunicación es una modalidad de la interacción social que consiste en la intervención intencional sobre los sistemas cognitivos y axiológicos de los actores sociales mediante la disposición de información codificada o, para decirlo con otra terminología, mediante la producción de mensajes que, en el marco de cierta comunidad cultural, aporta a la significación de la realidad. En este sentido, es una práctica social que toma como referencia a otras, e incluso a ella misma». (Luna, 1991).

El conocimiento, producto de la «significación de la realidad» elaborada por actores sociales concretos, no es accesible de manera directa, por lo que nuestro acercamiento al campo académico de la comunicación parte, por un lado, del análisis de los discursos que en él y sobre él circulan, donde tal conocimiento se «carga» tanto de científicidad como de ideología; y por otro lado, del análisis de las prácticas, institucionalizadas o no, mediante las cuales los actores sociales «académicos» constituyen el campo y son provistos por él de una identidad y de una «posición» específicas. Porque el campo, reiteramos, de acuerdo con la conceptualización que hemos adoptado, es un espacio de tensiones y de luchas, aunque también de inercias y de acumulaciones, abierto a las afectaciones «externas» provenientes de la dinámica socio-cultural (histórica) más amplia en que se inscribe. Desde un marco como el aquí apenas bosquejado, puede plantearse como una especie de supuesto heurístico elemental, que el estudio de la comunicación debe ser considerado *dentro* de lo que incluya el término «ciencias sociales». Plantear la «relación» entre comunicación y ciencias sociales como si fueran campos separados, no sirve sino para generar más desarticulación, del tipo tan concreto como el que comenta Raúl Trejo Delarbre:

«La comunicación en nuestros países no deja de ser una disciplina nueva. Apenas si tiene pocas décadas, a diferencia de otras ramas de las ciencias sociales. Desde la ciencia política o la sociología se le ve todavía con recelo, como si las de comunicación fueran preocupaciones «menores» o ajenas a las ciencias sociales. Los investigadores de la comunicación tenemos parte de responsabilidad en ello, pues nuestro trabajo no siempre es sistemático, ni con marcos teóricos claros, ni de alcances precisos. Quizá, a menudo, la frivolidad de nuestros objetos de estudio -las historietas, las telenovelas, etc. permea a nuestro trabajo mismo. No abandonamos, casi nunca, la tentación de conferir a nuestros artículos, ensayos y libros, algo del tono «ligero» que encontramos en la televisión o en las revistas. Nos pasa lo que a algunos comentaristas de libros: llega a pensarse que somos críticos porque no hemos podido ser guionistas, productores o locutores, igual que a aquellos se les considera novelistas o dramaturgos frustrados.

Incluso nosotros mismos no estamos seguros de la ubicación precisa de la comunicación (¿de la comunicología?) dentro de las ciencias sociales. A menudo se habla, pretenciosa pero sobre todo imprecisamente, de ciencias, en plural, de la comunicación. ¿Cuáles ciencias? ¿Puede considerarse, por ejemplo, que la semiótica o el análisis de contenido, junto con otras numerosas variantes en la investigación de la comunicación, son cada una ciencias distintas unas de otras? Tampoco queda claro cuáles son las relaciones de la comunicación con otras ciencias sociales, en parte porque no siempre hay una especificidad propia en enfoques y metodologías y en parte, además, porque se confunde -o se funde- con otras disciplinas. Es decir, a menudo, ocupándonos de asuntos de la comunicación, hacemos sociología, o politología, o psicología...

Pero además, a la comunicación se le mira de manera diferente desde diversas disciplinas. Son distintas las acepciones que de ella existen desde la perspectiva de los estudios sobre política, o sobre economía, para referirnos sólo a dos casos. Incluso, en ocasiones a la comunicación se le entiende lo mismo como marco general que como instrumento. Por ejemplo, si se estudia la formación de la cultura política en un grupo social, la comunicación es referencia indispensable en la explicación sobre la formación de consensos. Pero si se examinan las tácticas de un partido político, la comunicación entonces es instrumento.

Hay, en ejemplos como los anteriores, una confusión básica: entre comunicación como disciplina de estudio y comunicación como fenómeno -por una parte- y -por otra- como suma de tendencias o de espacios sociales. No hay diferencia como la que existe entre sociología y sociedad, o entre ciencia política y política a secas. Esa confusión llega a permear nuestro trabajo de investigación». (Trejo, 1991).

A propósito de confusiones operantes en la práctica y en el discurso, «ciencias sociales» es también una categoría que conviene delimitar con un mínimo de precisión, y quizá para ello haya que retroceder en la historia, para lo cual recuperamos un aporte de Jorge Graciarena que tiene ya algo más de una década de haber sido publicado:

«Hacia fines del siglo pasado comienza un proceso que ha continuado hasta ahora y que transformó profundamente el sentido original de las ciencias sociales. Me refiero a aquel por el que éstas fueron incorporadas a las universidades y se convirtieron en dos cosas vinculadas: en disciplinas académicas, por un lado; en profesiones liberales o burocráticas, por el otro. Para poder explorar someramente este proceso es necesario tener presente que las ciencias sociales originarias surgieron fuera de las universidades y que fueron pocos entre sus fundadores quienes tuvieron alguna relación con la doctrina superior» (...)

«Los grandes científicos sociales que comenzaron a producir en las últimas décadas del siglo XIX y que continúan trabajando en el presente son ya, sin

excepción, universitarios y cada uno de ellos está interesado -y así lo profesa- en un campo de preocupaciones intelectuales y sociales bastante más limitado que sus predecesores. Ya son pocos los que como Pareto, Max Weber y Parsons intentan construir vastos sistemas intelectuales que incluyan los principales aspectos de la vida social. Aún así, estos sistemas no llegan a tener la inclusividad y el carácter comprensivo de los diseñados por Comte, Marx o Spencer ni, menos aún, sus manifiestas connotaciones ideológicas. El hecho más importante es que, desde entonces, la gran mayoría de los científicos sociales trabajan en campos especializados, bien especificados y delimitados». (Graciarena, 1979: 99-100).

La triple tendencia hacia la *especialización disciplinaria*, la *institucionalización académica* y la *profesionalización* (más en el sentido burocrático que en el liberal), ha estado presente, como indudable condición, aunque no siempre realizada, en el estudio de la comunicación en América Latina. Las tres han sido objeto prioritario de atención en nuestro campo y pueden documentarse a través de muy diversas manifestaciones como preocupación, como proyecto, y en algún sentido también como obstáculo. Graciarena propone estas tendencias como condicionantes históricas de las ciencias sociales en general y de la desarticulación teoría/práctica, que tanto hemos discutido, la mayor parte de las veces desde planteamientos muy reduccionistas, en las escuelas de comunicación. Por ello avanzo un poco más con él en su argumentación:

«Una derivación secundaria que tiene la conversión de las ciencias sociales en disciplinas académicas es su tendencia a especializarse y dividirse continuamente. Esto es, en un sentido, consecuencia de su incorporación a los currícula de las carreras académicas, la cual produce una segmentación que es a menudo arbitraria y está guiada por razones no intelectuales, principalmente burocráticas o pedagógicas. Proliferan así las disciplinas especiales que se tratan de convertir en ciencias autónomas y que tienen éxito en algunos casos, pues primero ganan el reconocimiento de las instancias académicas y, después, el del público. En otro sentido, se nota una tendencia de las ciencias sociales tradicionales a segregarse y apartarse unas de otras, la cual se manifiesta principalmente en la incomunicación que se produce entre ellas». (...)

«La emergencia de las disciplinas a partir de las ciencias sociales clásicas es la consecuencia de un proceso de raíces muy diferentes del que dio lugar a éstas. En rigor, las ciencias sociales fueron el resultado de la sedimentación de tradiciones y desarrollos intelectuales muy antiguos, que tienen troncos comunes, pero que siguieron vías separadas. Las disciplinas se formaron de otra manera. En realidad, fueron la consecuencia de varios procesos, algunos ya indicados, y corresponden a la institucionalización de las ciencias sociales, que se realiza en condiciones que implicaron presiones diversas y compromisos con requerimientos burocráticos, de currícula, personales y sociales»

«Es claro que no fue sólo la incorporación académica de las ciencias sociales lo que produjo esta diáspora que ahora las divide y que parcializa sus objetos de conocimiento. Sin duda, tanto o más importante que todo esto han sido ciertos desarrollos históricos y sociales que requerían un nuevo tipo de ciencia y de conocimiento social más adecuado a la nueva etapa en que entró la sociedad capitalista industrial europea hacia fines del siglo pasado». (ibid: 101-102).

En esta consideración de Graciarena pueden reconocerse algunas de las condiciones y características de la evolución histórica del campo de la comunicación. Comenzando evidentemente porque las condiciones del desarrollo del capitalismo en América Latina no corresponden a las de los países industrializados y que los modelos de ciencia, de academia y de profesión universitaria importados a nuestros países se ubican, de entrada, en posiciones estructurales más contradictorias e inconsistentes que en sus lugares de origen. Ya en 1983, Venicio A. De Lima nos hacía notar cómo, desde el primer momento, las estructuras latinoamericanas de investigación y de formación profesional en el campo del periodismo y la comunicación reprodujeron en nuestras universidades la radical separación mutua con que las establecieron las universidades norteamericanas.

Otro analista de las ciencias sociales latinoamericanas, Heinz R. Sonntag, cuyo trabajo, realizado en Venezuela es mucho más reciente que el de Graciarena, nos proporciona elementos coincidentes y complementarios para el marco histórico que intentamos construirle al campo académico de la comunicación:

«Obviamente, el proceso de institucionalización de las ciencias sociales (y en especial de la investigación) en América Latina y el Caribe ha sido complejo y difícil. Por una parte, para que ellas pudieran adquirir carta de ciudadanía en los centros académicos de la región, éstos tuvieron que deshacerse de pesadas cargas heredadas del pasado, ente ellas el decimonónico modelo napoleónico de la división entre la enseñanza y la investigación, manifiesta en la instalación simultánea de universidades (para la primera) y academias (para la segunda). Por la otra, el pensamiento social tuvo que recorrer un largo camino desde su existencia como una suerte de hobby para juristas y ensayistas con inquietudes sociales hasta convertirse en preocupación sistemática acerca de la cuestión social.

Hubo algunas manifestaciones de una institucionalización relativamente temprana de las ciencias sociales, justo en aquellos países en los que se dio un desarrollo capitalista igualmente temprano. Ello no puede sorprender, ya que es generalmente aceptada la hipótesis (...) que el desarrollo de las ciencias sociales sistemáticas, en teoría e investigación empírica, acompaña al proceso de modernización capitalista de las sociedades; es éste el que hace surgir la cuestión social. Fue entonces en Argentina, Brasil, México, Chile y, en menor medida, Uruguay, donde hubo primeros intentos de institucionalizar el pensamiento social a través de la creación de institutos y escuelas»(...)

La masiva institucionalización de las ciencias sociales en la gran mayoría de países latinoamericanos ocurrió paralelamente con el periodo de expansión capitalista global después de la Segunda Guerra Mundial y la subsiguiente modernización de las sociedades latinoamericanas». (Sonntag, 1988: 69-70).

Para Sonntag, «las ciencias sociales latinoamericanas de los años cincuenta y sesenta no sólo han impregnado su desarrollo posterior», dentro del contexto de la institucionalización consolidada -aunque en algunos países del Cono Sur rota durante el periodo militar- y de la correspondiente tensión con los tres paradigmas principales: el desarrollismo cepalino, el dependantismo y el marxismo-leninismo ortodoxo. Para él, estas épocas pasadas «también pesan sobre las tendencias y perspectivas que se les han abierto en esta nueva crisis, tan presente... (Ibid: 20).

Por otro lado, en el estudio teórico y empírico de la comunicación esta tensión incluye también como elemento central la heterogeneidad de fuentes fundadoras: proviene tanto de aportes de especialistas en comunicación como de otros científicos sociales, de adscripciones *disciplinarias* muy diversas y en todos los casos más sólidamente institucionalizadas; pero sobre todo ha surgido tanto de prácticas y proyectos académicos (de diverso carácter institucional) como de prácticas y proyectos estrictamente políticos (inscritos en aparatos gubernamentales o en organizaciones opositoras). De ahí surgen múltiples elementos generadores de «inconsistencia» científica en nuestro campo, que no tienen por qué ser explicados como si fueran científicos y que, no obstante, tienen todo el «espesor» histórico determinante de lo que en nuestro contexto puede calificarse como ciencia. No en balde desde la década de los sesenta el binomio ciencia-ideología ha sido recurrente entre los temas de discusión y de lucha dentro de nuestro campo, antes, durante y después de la moda althusseriana.

La generación de conocimiento científico sobre los fenómenos sociales y la acción política para transformar esos mismos fenómenos son trabajos cuya tensión cruza centralmente la historia contemporánea de las ciencias sociales y del estudio de la comunicación, de manera especialmente notable en América Latina. Esta tensión, nunca definitivamente resuelta y por ello uno de los principales impulsores del desarrollo del campo, quedó claramente establecida como centro del debate en la década de los setenta. Hoy puede quedar más claro que generar conocimiento y transformar la sociedad son

proyectos cuya realización exige la recurrencia a principios de acción distintos y muchas veces opuestos; los factores básicos para la organización del trabajo y para la definición de las operaciones que conduzcan hacia objetivos de uno u otro género, suponen lógicas diversas, difícilmente conciliables; los sujetos que realicen esos proyectos a través de esos trabajos adquieren identidades sociales distintas. El marxismo en sus múltiples versiones planteó el problema de la *praxis* y sugirió caminos para articular en un proyecto histórico consistente los procesos evolutivos del conocimiento y la estructura social. En el estudio latinoamericano de la comunicación esta teoría-práctica ha sido crucial, tanto cuando ha sido postulada como cuando ha sido eludida. Una de las mejores formulaciones de la síntesis la debemos a Eduardo Contreras:

«Hay contradicciones posibles y reales entre hacer ciencia (ser rigurosos y objetivos aunque contraríe nuestras expectativas ideológicas o personales), entre no despreciar los lazos metodológicos que pretenden anclar la teoría a referentes empíricos, etcétera, y las variedades y posibilidades del compromiso social. Pienso que esa tensión constante del investigador que se quiere también comprometido -que en definitiva le duele su sociedad, la sueña distinta y que aprecia las complejas urgencias concretas de nuestras realidades comunicacionales- esa tensión entre el ser cientista, el asumir compromisos (y de qué modo específicos) y la valoración de los problemas reales y urgentes que a veces parecerán al teórico algo triviales, quizá si por concretos, nos llama a hacer, más que a hablar o a lamentarnos. De investigación hablamos más de lo que hacemos» (Contreras, 1979).

Otra de las fuentes evidentes de la desarticulación que sufre el campo puede ubicarse en el perdurable afán de autonomizar al estudio de la comunicación con respecto a las ciencias sociales. La lucha por conquistar un espacio epistémico e institucional propio para la *disciplina*, muy justificable en cuanto a la ruptura de dependencias teóricas, metodológicas y profesionales, tuvo y sigue teniendo la nefasta consecuencia de, o bien reducir el estudio de la comunicación a una dimensión instrumental, o bien alimentar la pretensión de construir -independientemente de cualquier consideración del entorno sociocultural- una imposible ciencia autocontenida y universal. Esta pretensión, por supuesto, afectó menos a la investigación que a la formación universitaria, ya que los actores de la primera han sido hasta hace muy poco mayoritariamente formados en las más diversas disciplinas y, en los casos de los más rigurosos al menos, la propia práctica les dio los elementos de reajuste necesarios, recurso que no tienen tan fácilmente a la mano los operadores de la formación profesional.

Es decir, en la investigación parece ir quedando superada la constricción disciplinaria. Al menos, así lo sugiere Jesús Martín Barbero al revisar la bibliografía más reciente:

«Cuando en 1980 tracé un mapa de la investigación latinoamericana en comunicación, los linderos que demarcaban el campo conservaban bastante nitidez. Hoy, casi diez años después, las fronteras, las vecindades y las topografías de ese campo no son las mismas ni están tan claras. (...) La brecha entre las seguridades que ofrece el optimismo tecnológico y el escepticismo político de un lado, y las inseguridades que vienen del otro, es sin embargo cubierta por la continuidad que establece la inercia académica de los títulos: libros y artículos siguen, con pocas excepciones, nombrándose con denominaciones fieles a demarcaciones cuyas referencias se hallan en las disciplinas o en los medios. La «procesión», esto es, los cambios y las desterritorializaciones, van por dentro» (Martín Barbero, 1989:140).

Una de las versiones más ampliamente difundidas sobre la historia de la investigación latinoamericana de la comunicación es la elaborada por Rafael Roncagliolo (1982,1986), cuya crítica a «los largos y anchos sesgos comunicacionistas que acecharon durante una década» (los setenta y ochenta) nuestros estudios, es muy elocuente:

«La amenaza de tal acecho y rastreo radicaba por supuesto en disecar a las comunicaciones como coto aparte y campana de cristal, relativa o sólo secundariamente permeable a la evolución general de la sociedad y de su pensamiento. Las comunicaciones fueron en efecto hasta hace poco, y en parte por ello, una suerte de cenicienta de las ciencias sociales y de la preocupación política, lo que implicó la pérdida errática de preguntas y pistas fundacionales, que habían signado su insurgencia hace casi treinta años... (Roncagliolo, 1986:95).

Roncagliolo considera al brasileño Paulo Freire, al venezolano Antonio Pasquali y al peruano Augusto Salazar Bondy como los pioneros fundadores del estudio latinoamericano de la comunicación.

«Políticos a la par que académicos, los tres instauraron en América Latina las matrices originarias y originales de nuestra investigación sobre cultura y comunicaciones. A ellos debemos primigeniamente la reivindicación de lo popular, la crítica a lo masivo y el afán de independencia. En estas piezas claves de sus trabajos, ellos identificaron tempranamente comunicación con cultura y enseñaron que ni una ni otra son accesibles fuera de la consideración de sus contextos; es decir, que la trayectoria académica latinoamericana nació ajena y reprobatoria de todo «comunicacionismo».

Pero fueron el mismo desarrollo de los acontecimientos políticos, junto con las precarias condiciones de la investigación en comunicaciones (heredera más vergonzosa que cabal de las antiguas facultades y escuelas de periodismo), los dos factores que nos semienterraron en el ciénago del comunicacionismo, del cual apenas, y en parte gracias al impacto y sobrepresencia de las nuevas tecnologías, nos hallamos ahora en la posibilidad (de ninguna manera la certeza) de superar» (Ibid: 96).

Por un lado, la argumentación de Roncagliolo parece conectar con el rechazo de afanes «cientificistas» no comprometidos políticamente como los que exigían muchos de los modelos de investigación importados de Estados Unidos o de Europa y puestos de moda en larga sucesión desde los sesenta; en ese sentido cabría recordar la polémica entablada entre Verón y Schmucler a mediados de los setenta, que conserva muchos elementos de interés. Pero por otro lado, la referencia directa a las escuelas y su relación tanto con los acontecimientos políticos como con las «precarias condiciones» de la investigación, nos sugiere volver a la revisión de las estructuras universitarias de producción científica y de formación profesional en comunicación.

3. LA (DE)FORMACIÓN UNIVERSITARIA

En otro trabajo (Fuentes, 1990) hemos propuesto que, desde el punto de vista de la formación universitaria, el campo de la comunicación en la actualidad está constituido por elementos superpuestos, casi nunca consistentemente integrados pero simultáneamente vigentes, de tres modelos fundacionales de la carrera, que remiten a tres proyectos diferentes.

El más antiguo de los modelos, el de la *formación de periodistas*, es también el más fuertemente arraigado en nuestras escuelas, aun en aquellas que fueron fundadas ya como escuelas de comunicación. Puede decirse que, más de cincuenta años después del mítico origen latinoamericano en La Plata, en la mayor parte de las instituciones, el objeto de estudio y su abordaje tanto en la enseñanza como en la investigación universitarias, están primariamente compuestos por representaciones -quizá cada vez más refinadas y por ello cada vez más exclusivas- de las prácticas periodísticas. Tres de los elementos constitutivos de este modelo son la prioridad en la habilitación técnico-profesional, el relativo ajuste a las demandas del mercado laboral y el propósito de la incidencia político-social a través de la opinión pública. Este modelo, inspirado originariamente por Pullitzer e impulsado por el CIESPAL de los

sesenta, es tan conocido que no requiere de mayor descripción. En él la investigación se identifica con la indagación periodística y las ciencias sociales no son más parte del «acervo de cultura general» que todo periodista requiere.

El segundo modelo, fundado en 1960 en la Universidad Iberoamericana de México, es el que concibe al *comunicador como intelectual*, desde una perspectiva humanística. El proyecto académico de «Ciencias de la Comunicación (llamada por algún tiempo Ciencias y Técnicas de la Información), trazado por el jesuita José Sánchez Villaseñor, buscaba la formación de «un hombre capaz de pensar por sí mismo, enraizado en su época, que gracias al dominio de las técnicas de difusión pone su saber y su mensaje al servicio de los más altos valores de la comunidad humana». La diferencia con las carreras de periodismo se planteó claramente desde el principio: el énfasis estaría puesto en la solidez intelectual proporcionada por las humanidades, ante la cual la habilitación técnica estaría subordinada, pero de tal manera que garantizara la capacidad para acceder, a través de los medios, a la transformación de la dinámica sociocultural conforme a mareas axiológicas bien definidas. Por ahí, al mismo tiempo, la carrera planteaba también la diferencia con otras, clasificadas bajo el rubro «ciencias sociales y humanidades» como filosofía y letras, historia, sociología o antropología, que aunque tuvieran equivalentes contenidos de formación intelectual, no ofrecían campo de desarrollo profesional más allá de la docencia y la investigación. Esta carrera prometía, en cambio, el amplísimo horizonte sociocultural que parecían abrir los medios electrónicos.

Un tercer modelo de carrera se originó en los setenta, el del «comunicólogo» como *científico social*. Aunque no en todos los casos, sí en la mayoría de los diseños curriculares que adoptaron este modelo se sobrecargó la enseñanza de «teoría crítica», es decir, de materialismo histórico, economía política y otros contenidos «marxistas» y se abandonó prácticamente la formación y la habilitación profesional. Más allá de algunos casos notables de desarrollo de este modelo llevado a su extremo más radial en unas cuantas universidades durante una época relativamente corta hay un conjunto de rasgos muy generalizados asociados a él. Uno es el «teoricismo» y su reacción inmediata: el «practicismo», es decir, la oposición maniquea entre la teoría -que llegó a ser reducida a unos cuantos dogmas religiosamente consagrados- y la práctica que a su vez llegó a reducirse a la reproducción de algunos estereotipos de los medios masivos-. La formación universitaria del estudiante de comunicación se llegó a plantear, si acaso, como una opción básica entre estas dos reducciones, obviamente irreconciliables. Otra de las consecuencias asociadas a este modelo fue, paradójicamente, la desvinculación entre las prácticas universitarias y la «reproducción» de la comunidad de investigadores. Los productos de la investigación latinoamericana, concentrados en el imperialismo cultural, las políticas nacionales, el NOMIC, la comunicación alternativa o hasta las nuevas tecnologías, fueron, en algunos casos, incorporados a los contenidos «teóricos» y por ende, desvinculados de la acción profesional y del desarrollo de las más elementales competencias metodológicas.

Para ilustrar la desarticulación «interna» prevaleciente en la formación de comunicadores podemos señalar que, en una encuesta levantada por FELAFACS (Sánchez y Restrepo, 1990) hace poco, sobre los libros de texto empleados en las escuelas de comunicación de América Latina, se encontró que el 40% de los títulos corresponden a la categoría «Teorías e Investigación», que por ser la más abultada debió subdividirse en tres: Teoría de la Comunicación, Lenguajes y Estética, y Metodologías de Investigación, además de un 20% adicional acumulado por las categorías «Legislación, Ética y Políticas», «Comunicación y Desarrollo» y «Comunicación y Cultura». Para el resto, las categorías más directamente relacionadas con los campos de la formación y el ejercicio profesional, queda en conjunto sólo el 40% de los libros. El informe final explica:

«Es evidente que el peso más fuerte de los currícula de comunicación en América Latina está en las áreas teóricas y metodológicas y esto se refleja claramente en la cantidad de libros comunes que caen en esta categoría. Este enfoque curricular, en el cual la formación en investigación y teoría se considera esencial para los estudios de comunicación, ha sido larga y profundamente discutido en muchos encuentros internacionales; por tanto, es un área en que son posibles los mayores acuerdos. También es un área que ha sido ampliamente comercializada por las editoriales que producen libros en español, tanto traducciones como trabajos de autores latinoamericanos.

El énfasis en los lenguajes y la estética es tradicional desde la década de los setenta, especialmente en Argentina y Chile, debido a la influencia de las lingüísticas y semióticas italiana y francesa. Recientemente esta tradición ha recuperado presencia en los estudios de comunicación, ahora con referencia a sus posibilidades creativas y artísticas. También hay un interés creciente en los estudios que profundizan la relación entre comunicación y cultura. Muchos de los libros clasificados bajo «Comunicación y Desarrollo», podrían muy bien ser también ubicados en esta categoría, ya que el desarrollo ahora se enmarca en las cuestiones de la dependencia, la identidad, la diferencia y no en la del cambio social según el tradicional modelo del desarrollo económico.

Las categorías que corresponden específicamente a las áreas de formación profesional dejan ver un interés creciente por materiales bibliográficos de apoyo, pero no hay muchos libros disponibles dentro de una perspectiva más amplia que considere los aspectos culturales y no sólo los técnicos o la información funcional. Muchos de estos libros fueron escritos por autores extranjeros.

Aunque la producción teórica latinoamericana se ha ido desarrollando, esta área aún depende del pensamiento internacional, sobre todo en lo que se refiere a análisis del lenguaje y de los signos (...).

Más de la mitad de los libros empleados regularmente en la enseñanza de la comunicación en América Latina fueron publicados en la última década. Pero llama la atención que muchos libros escritos hace quince o veinte años sigan usándose. Los materiales nuevos referidos a los medios y a enfoques profesionales como la publicidad y las relaciones públicas, son escasos. Lo contrario sucede con los libros de teoría y de metodología de la investigación que se han desarrollado en los últimos años, sobre todo desde una perspectiva latinoamericana. En las áreas de lenguajes y estética, los textos producidos en los setenta siguen siendo muy útiles, ya que representan el pensamiento «clásico» en esos campos». (Sánchez y Restrepo, 1990).

Esta larga cita, además del interés del tema en sí, aporta algunos indicadores que pueden ser interpretados en relación con el predominio del tercer modelo de carrera universitaria que postulábamos, el del «comunicólogo» como científico social, y la existencia de los rasgos que lo caracterizan con los correspondientes a los otros modelos señalados. Por poner un ejemplo, ¿cómo podría describirse la lógica curricular que articulara el empleo de bibliografía teórico-crítica latinoamericana, con el de algún clásico de la redacción periodística, cualquier texto típico de «Metodología de la Investigación Social» y algún manual de relaciones públicas?

Por supuesto, el análisis debería ser mucho más serio, pero eso supondría propósitos distintos a los de esta ocasión, cuando de lo que se trata es de perfilar algunos de los múltiples factores de *desarticulación* que atraviesan nuestro campo académico. Y como la intención es avanzar en la comprensión meta-comunicativa, quisiera problematizar también la rápida identificación que muy frecuentemente hacemos entre la investigación y la formación de comunicadores, y entre ambas y la acción profesional, o a la acción social a secas, política en su sentido amplio. Desgraciadamente sobre las estructuras profesionales de la comunicación y sus relaciones con el campo académico conocemos tan poco, que es difícil precisar incluso las preguntas que habría que formular. Entre los planteamientos más fecundos en este aspecto, destaco los aportes recientes de Guillermo Orozco y de Jesús Martín Barbero. Aunque mi apropiación de estos aportes queda mejor ubicada y desarrollada en un artículo entregado a *Dia-Logos* (Fuentes, 1991), retomo de ellos un par de propuestas fundamentales para explicar la desarticulación. Jesús Martín insuperablemente a mi parecer la situación actual que, se den cuenta de ello o no, tiene «entrampada» a las escuelas de comunicación:

“El recorrido de estos estudios en América Latina muestra las dificultades que encuentra aún la articulación de lo abordado en la investigación con lo tematizable en la docencia, así como la lenta consolidación en propuestas curriculares de la interacción entre avance teórico y renovación profesional. De otra parte, al no estar integrado por una disciplina sino por un conjunto de saberes y prácticas pertenecientes a diversas disciplinas y campos, el estudio de la comunicación presenta dispersión y amalgama, especialmente visible en la relación entre ciencias sociales y adiestramientos técnicos. De ahí la tentación tecnocrática de superar esa amalgama fragmentando el estudio y especializando las prácticas por oficios siguiendo los requerimientos

del mercado laboral. Pero en países como los nuestros, donde la investigación y el trabajo teórico no tiene, salvo honrosas excepciones, espacios de desarrollo institucional fuera de las universidades, ¿dónde situar entonces la tarea de dar forma a las demandas de comunicación que vienen de la sociedad y al diseño de alternativas?» (Martín Barbero, 1990).

En ese párrafo están a mi manera de ver las preguntas clave que habría que hacer en cada una de las escuelas y que aquí, a otra escala, podemos usar para concretar el marco de análisis y discusión, sobre el supuesto que Jesús Martín subraya al final: el sentido ético, social, práctico, del trabajo académico. Enumeremos las cuestiones: primera, la investigación ha recorrido ciertos trayectos que casi nunca se han intersectado con los caminos por la docencia, y por ende tanto el conocimiento producido como el proceso de su producción difícilmente se han integrado en la formación de los comunicadores universitarios. Segunda, el conocimiento –teórico y especialmente metodológico– desarrollado dentro y fuera de América Latina, no ha sido suficientemente confrontado en la práctica social por los profesionales de la comunicación, ni las profesiones han sido capaces de confrontarse con el conocimiento académico, sobre todo con el más estrictamente crítico. Ambas relaciones deberían cruzar el espacio de las escuelas de comunicación y no parecen hacerlo. En su lugar, si acaso, circulan las descalificaciones mutuas y las pugnas ideológicas, reforzando la escisión “teórica-práctica”. Tercera, la búsqueda de legitimación académica de la comunicación como disciplina autónoma, aislándola institucional y operacionalmente de las ciencias sociales (y de las naturales y de las artes y de todo lo demás), ha llevado al efecto contrario: a la pérdida del impulso en la consolidación de su especificidad disciplinaria y al reforzamiento de lo que Mauricio Antezana (1984) llamó a su vez la “determinación socio-profesional” que tiende a reducir el estudio universitario de la comunicación a la reproducción de ciertos oficios profesionales relativamente establecidos.

Aquí conecta perfectamente el aporte de Guillermo Orozco quien, a partir de Bourdieu, entiende por *campo educativo*, un conjunto de prácticas interrelacionadas entre sí de acuerdo a la función que cumplen en la división del trabajo de producción, reproducción y difusión del *conocimiento*, ampliamente entendido como un conjunto de saberes y habilidades. La premisa implícita de esta comprensión es que esos saberes y habilidades son “objetivables” y traducibles a planes de estudio concretos, a través de los cuales se pueden enseñar y así reproducir. De acuerdo con esto, es posible diferenciar entre los “saberes prácticos”, que se han aprendido pero no se han enseñado, y aquellos que debido a su objetivación pueden enseñarse. Los campos educativos operantes en las escuelas de comunicación, representables por las superposiciones de los tres modelos indicados antes, son el resultado de los procesos de objetivación de los saberes y conocimientos sobre la comunicación y su traducción en planes de estudio específicos. Orozco advierte que la conformación de un campo educativo no obedece a una necesidad histórica sino a necesidades concretas de ciertos sectores sociales:

«La conformación del campo educativo de la comunicación se realizó a partir de legitimar sólo ciertas prácticas profesionales. En su mayoría fueron aquellas que eran funcionales al desarrollo capitalista de los modernos medios masivos y por tanto eran prácticas que interesaban principalmente a los grupos que controlaban (y controlan) esos medios. Prácticas que deberían posibilitar su expansión y consolidación como empresas económicas y no sólo como instituciones culturales.

Así, no es difícil ver por qué la perspectiva dominante hasta ahora en la definición del campo educativo de la comunicación ha sido la de tratar de adecuar la formación a los requerimientos del mercado de trabajo, y muy especialmente del sector de los medios. Por ello tampoco es difícil ver por qué la investigación y la enseñanza no confluyen en las prácticas profesionales, que entendemos a dos niveles: uno referido a la inscripción *funcional* de los comunicadores en la dinámica social como profesionales especializados en la satisfacción de ciertos tipos de necesidades, y otro correspondiente a su constitución como agentes de *transformación* social, innovadores de las prácticas sociales de comunicación y, eventualmente, a través de ellas, de otras prácticas y de las estructuras que las sustentan.

Lo que se desprende de los aportes de Martín Barbero y de Orozco es una propuesta de *renovación metodológica* en el contexto del replanteamiento de la relación universidad-sociedad, y por ahí volvemos a la articulación (o desarticulación) central del campo académico de la comunicación: el del conocimiento con la acción social, el cual no es sólo un problema de teoría científica, aunque evidentemente también lo es. Pero es que en tiempos de crisis intelectuales como la que se cobija bajo enfoques post-modernos, y de los embates del llamado neo-liberalismo contra los modelos de desarrollo y de organización social tan precariamente establecidos a lo largo del siglo en los países latinoamericanos, la elucidación epistemológica, por más agudamente crítica que sea, no parece ser suficiente, aunque sea indispensable.

4. ALGUNOS ELEMENTOS DE PROSPECTIVA

En el artículo en que celebra los cuarenta años de la epistemología de la comunicación, Manuel Martín Serrano advierte que sus análisis:

«se refieren a la evolución de la epistemología de la comunicación en los países económicamente más desarrollados y con economía de mercado. En los países dependientes hay otra historia epistemológica, distinta y muy interesante, que conviene mencionar (...) para entender cómo la comunicación se relaciona con la identidad nacional y con la resistencia a la transculturización (Martín Serrano, 1990: 66-74).

Aunque el desarrollo de esa «otra» historia epistemológica, la nuestra, es una revisión que Martín Serrano nos debe, lo insinuado parece coincidir con lo que hemos venido reconociendo como una de las tensiones fundamentales de las ciencias sociales latinoamericanas: la establecida entre el compromiso con la generación de conocimiento sobre los fenómenos sociales y el compromiso con la acción política para transformarlos. En esos términos, y dentro de una argumentación que la relaciona con la «tecnocratización del Estado y el aparato político, de la universidad y la educación», el mismo trabajo de Graciarena citado atrás, ofrece un elemento más, que quizá sea el central a considerar sobre la adopción de los modelos de ciencia social, «positivos y pragmáticos» en las universidades latinoamericanas:

«Una ciencia social que prescribe un conocimiento aséptico y neutral, que se legitima a sí misma y que es promovida por las instituciones académicas y gubernativas del país hegemónico en la región no podía ser por mucho tiempo el paradigma científico de una comunidad de universitarios fuertemente sensibilizados ante los diversos y angustiosos problemas políticos, económicos y sociales de sus países en particular y de la región en su conjunto» (Graciarena, 1979: 105).

Ahora bien, siguiendo la hipótesis de que las ciencias sociales de los cincuenta y sesenta «impregnan» la crisis actual, proponemos una consideración quizá demasiado aventurada en tanto que cuestiona radicalmente el carácter acumulativo del conocimiento científico, pero que una revisión cuidadosa de nuestro campo puede volver plausible. En su formulación incluyo las muy estimulantes sugerencias de Jesús Galindo y Jorge González, que han transitado por largo tiempo «mediando» entre campos disciplinarios históricamente separados.

En los términos más generales, se puede constatar la emergencia, obligada por el devenir de las mismas ciencias sociales y de sus objetos, de una nueva manera de entender el pensamiento sobre lo social, o sociocultural. El estudio de la comunicación, independientemente de los enfoques disciplinarios, ha contribuido en mucho, entre otras cosas, a la ruptura del paradigma positivo. Desde fuera del campo de la comunicación y de América Latina, Giddens y Turner nos ubican en el momento:

«...a lo largo de las últimas dos décadas ha tenido lugar un cambio espectacular. Dentro de la filosofía de la ciencia natural, el dominio del empirismo lógico ha declinado ante los ataques de escritores tales como Kuhn, Tuolmin, Lakatos y Hesse. En su lugar ha surgido una «nueva filosofía de la ciencia» que desecha muchos supuestos de los puntos de vista precedentes. Resumiendo decididamente esta nueva concepción, en ella se rechaza la idea de que

puede haber observaciones teóricamente neutrales; ya no se canonizan como ideal supremo de la investigación científica los sistemas de leyes conectadas de forma deductiva; pero lo más importante es que la ciencia se considera una empresa interpretativa, de modo que los problemas de significado, comunicación y traducción adquieren una relevancia inmediata para las teorías científicas. Estos desarrollos de la filosofía de la ciencia natural han influido inevitablemente en el pensamiento de la ciencia social, al tiempo que han acentuado el creciente desencanto respecto a las teorías dominantes en la «corriente principal» de la ciencia social. El resultado de tales cambios ha sido la proliferación de enfoques del pensamiento teórico» (Giddens y Turner, 1990:11).

Probablemente pudiera verificarse que, por caminos más relacionados con la «necesidad histórica» que con la reflexión epistemológica, las ciencias sociales latinoamericanas se han adelantado a estos movimientos, aunque la mayor parte del discurso siga aferrado a los argumentos que hubieran podido ser válidos hace veinte o treinta años para demoler «el funcionalismo» o plantear alternativas teórico-metodológicas. Por otro lado, el objeto-comunicación ha cobrado nueva importancia, apenas esbozada en, por ejemplo, el siguiente párrafo de Jesús Galindo:

«La comunicación se ha convertido en un movimiento hacia un modelo emergente de vida social. El final de este siglo y algo más, parece ser el tiempo de transición de una gestación que lleva por lo menos dos siglos hacia una nueva forma de ser vital, hacia el surgimiento de una nueva civilización. La comunicación es un ejercicio que parece llevar hacia ese futuro, la idea de poner algo en común entre dos a partir de un tercer elemento que los implica pero no los clausura. Ser uno en la diversidad podría ser el título de la era que se avecina, la comunicación es el medio hacia ella, en este sentido su búsqueda como fin es síntoma del tránsito hacia algo distinto que incluye todo lo que hemos sido hasta hoy».

De manera que quizá el objeto, la teoría, la meta-teoría y la práctica de la comunicación puedan confluir. Ciertamente, en todos estos niveles, tan separados lógicamente hasta ahora, habrá de desarrollarse un estudio de la comunicación cuya puesta de entrada, estamos seguros, está en el desarrollo metodológico que podamos impulsar quienes habitamos el campo académico. Y desde aquí podríamos cerrar el círculo con una paradoja: *la difícil y nunca consolidada constitución disciplinaria del estudio de la comunicación, que tantas desventajas le ha acarreado, es la condición de posibilidad de su nuevo desarrollo dentro del proceso de una nueva síntesis para las ciencias sociales*. El no haber tenido nunca la posibilidad, en América Latina, de convertirse en una «ciencia normal», como diría Kuhn, es decir, de haber puesto su desarrollo en torno a uno o varios paradigmas, es precisamente lo que ahora hace posible la «movilidad» necesaria para seguir persiguiendo su objeto y *generando socialmente sentido sobre la producción social de sentido*. Hace cerca de tres años, cuando comenzaban a circular la revisión colectiva de los *logros, retos y perspectivas* de la investigación de la comunicación en México coordinada por Enrique Sánchez Ruiz (1988) y mi *sistematización documental 1956-1986* (Fuentes, 1988), ambos trabajamos juntos en el análisis de *algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México* (Fuentes y Sánchez, 1989). En ese trabajo, centrado por una parte en la intención de proponer un marco que contextualizara y fundamentara adecuadamente nuestra búsqueda en el campo académico, y por otra en la revisión de problemas muy concretos para la realización de la investigación empírica «de campo», postulamos una *triple marginalidad* de los estudios de comunicación: primera, con respecto a las ciencias sociales; segunda, junto a éstas, con respecto a la investigación científica en general; y tercera, de toda la estructura entre las prioridades del desarrollo nacional. Sosteníamos que:

«la naturaleza, orientación y posibilidades de la investigación de la comunicación en ciencias sociales en general están determinadas por factores estructurales que van desde el nivel de desarrollo de la formación social analizada hasta factores culturales e ideológicos como la cultura científica general en la sociedad y las ideologías profesionales de la comunidad de investigadores» (Fuentes y Sánchez, 1989:12).

Como factor determinante de muy alto grado de concreción, este último, las «ideologías profesionales», refiere a los epistemes, paradigmas, tradiciones y programas de investigación, que mediante el nivel y formas de organización «política» de la comunidad científica, orientan las prácticas concretas de investigación. Entre las características más generales que encontramos en los documentos producto de éstas, a lo largo de treinta años, destacamos tres: la minimización del trabajo empírico, el predominio de los estudios sobre medios y la proliferación de modas teóricas.

A partir de la minimización del trabajo empírico (ausente en más del 60% de nuestra muestra documental), inferimos un «componente cultural» muy, fuerte, herencia probable de la tradición latinoamericana formada por los «estudios eruditos» del siglo XIX y del rechazo radical a los modelos empiristas de la ciencia social norteamericana importados desde los años treinta. Pero también consideramos que, evidentemente, cualquier clase de trabajo de campo es una actividad cara, y no podemos describir a la mexicana más que como una «ciencia pobre». Por tanto, señalamos que:

«La explicación completa de la escasa producción de investigaciones empíricas de campo sobre la comunicación en México, debe incluir la interacción de variables como el «componente cultural» (sesgo anti-empirista) y las condiciones institucionales en que trabajan los investigadores (falta de financiamiento, infraestructura, recursos humanos, etcétera, adecuados)» (Ibid: 16).

El hecho de que dos de cada tres de los estudios de la muestra documental, que contenía casi 900 documentos, tuviera como objeto a los medios y que más de 200 se refirieran a los «medios en general», es muy elocuente de lo que ha sido el principal y más persistente reduccionismo en el campo: la identificación de «comunicación» con «medios masivos».

Hace muy poco tiempo que comenzaron a desarrollarse investigaciones de la comunicación que vehiculan los medios y de la que no pasa a través de ellos; de las operaciones concretas que en los sujetos, en los medios, en las instituciones y grupos sociales, y en los sistemas de representaciones ideológicas, producen, reformulan, confunden y reproducen el sentido de la vida, del mundo y de las relaciones sociales, de la cultura y de la propia identidad. La mayor parte de lo que se conoce como «investigación en comunicación», especialmente la referida a los medios masivos y la industria cultural, es más bien investigación alrededor de la comunicación o sobre sus determinantes.

El cúmulo de conocimientos disponibles sobre estos circunscriptores de la comunicación, especialmente los concernientes a las dimensiones socioculturales de escala amplia en que se inscriben necesariamente los procesos y los sistemas de comunicación, es de una enorme utilidad académica y social. Sin ellos no podría ubicarse el estudio de la comunicación. Pero en sí no constituyen estos enfoques la herramienta teórico-metodológica necesaria para comprenderla y operarla específicamente» (Fuentes, 1990).

La sucesión de modas teóricas está evidentemente asociada a las dos características anteriores y ya señalamos la ambivalencia que puede llegar a tener. Pero sólo a condición de que se conjuguen los esfuerzos necesarios, las condiciones propicias, los recursos disponibles, y una buena dosis de «imaginación sociológica» para incrementar sustancialmente la *competencia metodológica* de los actores de nuestro campo, especial pero no exclusivamente los investigadores. Esto quiere decir, entre otras cosas, encontrar las maneras más productivas de trabajar lo que los empiristas lógicos llaman la *lógica del descubrimiento* y no solamente la *lógica de la justificación*, es decir los procedimientos para generar preguntas pertinentes y no sólo los necesarios para responderlas con relativa certeza. Además, es esencial reconocer que el trabajo de producción de conocimiento es necesariamente una tarea colectiva y a largo plazo, por lo que el desarrollo de la *comunidad* de practicantes es esencial y para éste, indispensable la comunicación: la producción en común de sentido.

REFERENCIAS.-

- ANTEZANA VILLEGAS Mauricio (1984): «La errátil circunstancia de las ciencias de la comunicación» en: FERNANDEZ CH y YEPEZ (comps.), *Comunicación y Teoría Social*. UNAM, México. p. 65-82.
- CONTRERAS BUDGE Eduardo (1979): «Investigación en Comunicaciones en América Latina: la duda del método». Ponencia en el Sexto Seminario de Comunicación de la Universidad de Anáhuac, México.

- DE LIMA Venício A. (1983): «Repensando a(s) teoría(s) da comunicação: notas para um debate» en: MARQUES DE MELO (coord), *Teoría e Pesquisa em comunicação. Panorama Latinoamericano*. Cortez, Sao Paulo.
- FUENTES NAVARRO Raúl (1988): *La Investigación de Comunicación en México. Sistematización Documental 1956-1986*. Edicom, México.
- FUENTES NAVARRO Raúl (1990): «La Investigación latinoamericana sobre medios masivos e industrias culturales y la comunicación». *Cuadernos de Diá-Logos N° 9*, FELAFACS, Bogotá.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1991a): *La Comunidad Desapercibida. Investigación e Investigadores de la Comunicación en México*. ITESO/CONEICC, Guadalajara.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1991b): «Prácticas profesionales y utopía universitaria: notas para repensar el modelo del comunicador». *Diá-Logos N° 31*, FELAFACS, Lima.
- FUENTES NAVARRO, Raúl y SANCHEZ RUIZ Enrique E. (1989): *Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México*. Cuadernos Huella N° 17, ITESO, Guadalajara.
- GALINDO CACERES Luis Jesús (1990): «En la voz y la garganta del futuro. Comunicaciones, culturas y movimientos sociales emergentes». *Comunicación y Sociedad N° 9*, CEIC, Universidad de Guadalajara. p. 29-52.
- GIDDENS Anthony y TURNER Jonathan (eds.): *La Teoría Social, Hoy*. Alianza/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- GRACIARENA Jorge (1979): «Las ciencias sociales, la crítica intelectual y el Estado tecnocrático. Una discusión del caso latinoamericano» en: MURGA y BOILS (eds.), *Las Ciencias Sociales en América Latina*. UNAM, México. p. 94-116.
- ILLICH Iván (1990): *El Género Vernáculo*. Moritz/Planeta, México.
- LUNA CORTES Carlos E./ (1991): *La Comunicación como Interacción Social*. Ponencia en la Reunión Binacional México-España: Prospectiva de la Sociología. IIS UNAM, México.
- MARTIN BARBERO Jesús (1987): *De los Medios a las Mediaciones. Comunicación, Cultura y Hegemonía*. Gustavo Gili, México.
- MARTIN BARBERO Jesús (1989): «Panorama bibliográfico de la investigación latinoamericana en Comunicación 1984-1989: *Telos N° 19*, FUNDESCO, Madrid. p. 140-147.
- MARTIN BARBERO Jesús (1990): «Teoría/ Investigación/Producción en la enseñanza de la comunicación». *Dia-Logos N° 28*, FELAFACS, Lima. p. 70-76.
- MARTIN SERRANO Manuel (1990): «La epistemología de la comunicación a los cuarenta años de su nacimiento». *Telos N° 22*, FUNDESCO, Madrid. p. 65-75.
- MORIN Edgar: *Pensar Europa*. Gedisa, Barcelona.
- NIXON Raymond (1982): «Historia de las Escuelas de Periodismo». *Chasqui N° 2*, CIESPAL, Quito. p. 13-19.
- OROZCO GOMEZ Guillermo (1990): «La formación de profesionales en comunicación: dos perspectivas en competencia.» en: *Las Profesiones en México. N° 5: Ciencias de la Comunicación*. UAM-X, México.
- RONCAGLIOLO Rafael (1982): «Comunicación y Culturas Transnacionales.» en *Comunicación Transnacional: conflicto político y cultural*. DESCO, Lima.
- RONCAGLIOLO Rafael (1986): «Investigación y políticas sobre Nuevas Tecnologías de Comunicación en América Latina: una reflexión personal.» en: *Nuevas Tecnologías y Comunicación*. FELAFACS/AFACOM, Bogotá.
- SANCHEZ Joaquín y RESTREPO Mariluz (1990): *Text used in Communication Schools of Latin America*. Final Research Report, FELAFACS, Bogotá.
- SANCHEZ RUIZ Enrique R. (Comp) (1988): *La Investigación de la Comunicación en México. Logros, retos y perspectivas*. Edicom/U. de Guadalajara, México.
- SONNTAG Heinz R. (1988): *Duda/Certeza/Crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina*. UNESCO/Nueva Sociedad, Caracas.
- TREJO DELARBRE Raúl (1991): «Comunicación y ciencias sociales en México y América Latina». Comunicación personal.